

*Beatriz Mesa García\**

**LIBIA: LA LUCHA POR LOS  
RECURSOS**

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

## LIBIA: LA LUCHA POR LOS RECURSOS

### Resumen:

El 17 de febrero de 2011 estalló una revolución con el fin de derrocar la tiranía encarnada en la figura del profeta del Libro Verde, Muammar El Gaddafi, y conceder nuevos espacios de libertad y dignidad al pueblo. Tres años después de la caída del régimen, no sólo se aplacaron esos vientos de cambio hacia la democracia, sino que han surgido nuevos conflictos internos, de carácter tribal, ideológico, y de lucha por el dominio del campo político, cuyo último objetivo es alcanzar el poder porque, de esta manera, se suben nuevos peldaños en la carrera por el control de los recursos energéticos. Y en esta nueva dinámica, Libia alberga una renovada élite política, dividida ideológicamente, entre islamistas y no islamistas, cuya finalidad es la adquisición de parcelas de poder, en detrimento de la creación de un Estado.

### Abstract:

*On 17 February 2011, a revolution broke out in order to overthrow the tyranny embodied in the figure of the « prophet » of the Green Book, Muammar el Gaddafi, and to open new freedoms and dignities spaces to the people. Three years after the fall of the regime, not just those winds of democratic change relented, but have been new internal conflicts, tribal, ideological, and struggle for domination of the political arena, whose ultimate goal is to achieve power because, this way, new rungs up in the race for control of energy resources. And in this new dynamic, Libya has a renewed political elite, ideologically divided between Islamists and non-Islamists, whose purpose is the acquisition of parcels of power, to the detriment of statehood.*

**Palabras clave:** *Revolución, recursos energéticos, poder, petróleo, Gaddafi, milicias, guerra, brigadas, islamistas, no islamistas.*

**Keywords:** *Revolution energy resources, power, oil, Gaddafi militia, war, brigades, Islamists, not Islamists.*

**\*NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Todo Estado de violencia es el resultado, en términos globales, de la desintegración o la fragmentación social como hemos visto en los últimos tres años en Egipto, Siria o Libia, donde las altas rentas petrolíferas- alrededor de 1,5 millón diario de barriles ha vendido al exterior el país magrebí- sólo han servido para que élites políticas y militares se perpetúen en el poder, ninguneando la igualdad económica y legal, que al fin y al cabo han sido el común denominador de las revoluciones árabes. De hecho, hoy, las esperanzas de la juventud árabe siguen pasando principalmente por subsanar el paro y el coste de la vida<sup>1</sup>, aunque en el caso de Libia, existe una acuciante demanda popular que se denomina estabilidad. El caso de Libia, el país que nos ocupa y preocupa, en especial, a Europa por la proximidad geográfica, hay que estudiarlo desde la perspectiva de los actores, puesto que nos situamos ante un país sin instituciones y sin Estado. Los actores que surgen tras la caída del Coronel asesinado, representan una nueva élite política en el país magrebí, incapaz de asegurar un futuro próspero y durable y sus esfuerzos están puestos estrictamente en el control de los recursos energéticos, en lugar de garantizar la constitución de un verdadero Estado como reclama el pueblo desde que cayó el tribalismo de Gadafi.

Los nuevos gobernantes están manteniendo en vida la herencia de un régimen que “dividió para vencer”. En la actualidad, la fuerza se divide en distintas fuerzas políticas repartidas entre la Cirenaica y la Tripolitana, y sus respectivos brazos armados. El desmantelamiento del poder dificulta el alcance de una solución para la estabilidad de Libia, cuyo actual escenario de “caos” parece ventajoso para determinados actores que buscan la autonomía y, mediante la inestabilidad, sacar tajada económica. Esta situación ha generado mucha desesperanza entre los jóvenes árabes, revolucionarios clásicos del 17 de febrero que nunca imaginaron la deriva hacia una desmedida violencia por el control de los recursos energéticos en una población de menos de 6 millones de habitantes.

### **ZINTAN FRENTE A MISRATA: LOS DOS CENTROS DE PODER LIBIOS**

Tres años después de la desintegración del régimen gadafista, la desinstitucionalización y una continua patrimonialización de la violencia por parte de los principales centros de poder tanto en el este como en el oeste de Libia; y con mayor énfasis la no formación de un Ejército Nacional y el ascenso del extremismo religioso en algunas regiones del país, han debilitado el futuro democrático de Libia. Dicho esto, el problema “real” del país magrebí no sólo reside en el ascenso del islamismo o la incorporación al campo político de las formaciones islamistas que durante décadas han sufrido la represión fruto de un régimen autócrata, ni siquiera se puede reducir la reflexión sobre el futuro democrático de Libia en la posible victoria “islamista”, sino en cuáles son las verdaderas causas del bloqueo político, social y económico que responden principalmente a la lucha interna, en el caso de la región

---

<sup>1</sup> <http://arabyouthsurvey.com>

Tripolitana, entre los dos centros de poder más influyentes de la era post-Gadafi, que representan la milicia de Zintan y la milicia de Misrata. Ambas emanan de la misma raíz, la « administración » y desde la desintegración del régimen se enfrentan en una guerra sin cuartel por el control del territorio y, en este mismo sentido, por el dominio de los puertos y pozos petrolíferos.

Parecido escenario en la región de la « Cirenaica » donde otras dos fuerzas, unidades militares dirigidas por el General Khafter y civiles integrantes de la formación islamista Ansar El Sharía— también surgida dentro del « Estado » —compiten en un barrio periférico de Bengazi, la ciudad donde nació la inédita revuelta popular convertida a posteriori en una insurrección armada. Tanto los actores del frente bélico de la Cirenaica como de la Tripolitana, que incluye la región fronteriza de Misrata, han iniciado un periodo de competición por el poder económico que, a priori, no incluye el recurso ideológico. Aunque, eso sí, la ideología puede servir durante este proceso turbulento como catalizador para movilizar a la masa y conseguir apoyos hacia las filas islamistas o no islamistas, los dos bloques en los que se resume el panorama político libio. Una vez dilucidado la fuerza o fuerzas vencedoras en este complejo contexto, la cuestión ideológica podría dar un salto cualitativo y convertirse en un nuevo factor de desestabilización. Hasta el momento, las alianzas de unos y de otros son coyunturales, lejos de los principios ideológicos, pero insistimos en la idea de que esto se puede invertir en un plazo largo de tiempo.

Por tanto, la lucha se reduce en la búsqueda de la atribución de los recursos energéticos que han significado un escollo para la democratización del país. El hecho de que Libia sea señalado como uno de los principales Estados rentistas<sup>2</sup> en el mundo—los ingresos del país proceden básicamente de la venta del petróleo— no ha favorecido su desarrollo económico y menos aún ha permitido una vocación democrática como la historia contemporánea de Libia ha atestiguado desde el golpe militar en manos de Gadafi y sus aliados en 1967. Tras la asonada militar, se dismanteló la configuración occidental del Estado a favor de un sistema tribalista, en donde se potenció el poder, en forma de dinero y de armas, de determinadas katibas (brigadas) para apoyar la revolución del conocido a posteriori como el « guía de la Yamahiriya ». Un sistema asentado en una mezcla ideológica de comunismo, socialismo e Islam que con los años se transformó en una feroz dictadura. Fue tal el galopante autoritarismo que ante una mínima chispa encendida de indignación popular, era fácil la extensión del fuego a todas las capas sociales del país.

En 2011, el pueblo libio se armó para acabar con 42 años de autoritarismo. La mayor repuesta hostil a la concentración del poder en manos de un régimen que se enriqueció con los beneficios de los recursos energéticos libios, en detrimento de una población ajena a cualquier forma de desarrollo económico. En este sentido, « vivir con dignidad y libertad » fue el eslogan universal de un fenómeno conocido como la « primavera árabe ». Pero el

---

<sup>2</sup>Ross, Michael.L. “Does it hender democracy” .World politics, 2011

hecho de que cada país compartiera este común denominador para poner en jaque los diferentes sistemas, no significa que las sociedades, sus estructuras y las culturas políticas sean iguales, sino al contrario, son diversas y distintas. Esto es, aunque existan pautas de motivaciones comunes en todas estas sociedades, no siempre responden de la misma manera, puesto que sus estructuras, social, cultural, económica y política funcionan de manera distinta. Y aunque la causa se la misma, los resultados divergen.

Libia, por ejemplo, ha enseñado con claridad que no todos los procesos de transición desembocan en una verdadera democracia. Prueba de ello, las revoluciones inglesa, americana, francesa, española e hispanoamericana, de los siglos XVIII Y XIX<sup>3</sup> que comparten las razones de su estallido, así como crisis económica e institucional, pero no llevaron al mismo mar. Un proceso de transición no se define por su causa, sino por su resultado, y a veces no se puede analizar en un corto plazo, sino en un largo plazo. Tres años después de la desintegración del régimen gadafista que se asentó en comités revoluciones con poder para imponer leyes y derogarlas, Libia no ha podido superar los problemas que arrastra de antaño porque aún no se han dado las condiciones políticas y económicas para la configuración de una democracia, con un poder dividido en brigadas.

En febrero de 2012, Libia se suponía que abandonaba el estatus de « república asamblearia » liderada por el autor del Libro Verde para convertirse en una República cuya soberanía residiría en el pueblo. Además del planteamiento de una Constitución redactada y aprobada por la Asamblea elegida. Tres años después, ni lo primero y tampoco lo segundo. Las causas del estancamiento de Libia se deben principalmente a un reincidente error cometido por los diversos gobiernos de transición que sucedieron al desmantelamiento del régimen gadafista y éste fue la compensación económica a los « revolucionarios clásicos » por su participación en las filas rebeldes sin exigirles a cambio la devolución del arma. Todo proceso de cambio, tras el acontecimiento de una guerra civil, debía pasar por el desarme visto como un primer gesto de reconciliación nacional. Sin embargo, en Libia no se ha producido ningún desarme ante la desconfianza general entre los hombres armados que lideraron la llamada « Revolución del 17 de febrero ». La entrega del sable suponía jugar en desventaja en el tablero político y para los milicianos despojarse del arma suponía una pérdida de autoridad, por lo que se produjo la liberalización de un régimen autoritario, no así del país. Precisamente, con la caída Gadafi se descubrió que, a pesar de zarandear a viento y marea el eslogan de « un sólo país con un sólo corazón, Trípoli » —en la medida en que todos los revolucionarios compartían una meta en común de afrancar al pueblo del tirano, y crear un nuevo sistema político y un nuevo orden social— la realidad es distinta y muestra la fragmentación en « katibas » indispuestos a dejar el mando en manos de cualquier fuerza política por temor a perder los indisolubles poder militar y económico.

---

<sup>3</sup>Redondo, Javier:2014, comunicación impartida en el Centre Jaques Berque de Rabat (CJB) en el marco de una jornada de estudio: “Los efectos de la primavera árabe en Marruecos”

De hecho, en Libia manda el arma y los libios rebeldes, en su proceso de transición política, no han buscado la aquiescencia pacífica para establecer un cierto orden político y económico dentro de un universo ideológico determinado. La particularidad de Libia se manifiesta en este aspecto; en el trabajo de sus actores, no por dirimir el problema de la institucionalización del poder político<sup>4</sup> en el establecimiento de las reglas de un nuevo juego político, sino que luchan sólo por satisfacer sus intereses inmediatos, mediante el control de los recursos productivos, reproduciéndose así otro modelo autoritario que recuerda al “Estado sin Estado” de Gadafi, con la aparición de miles de milicianos representando los intereses de distinta naturaleza. Y en esta misma dinámica se ubican las nuevas fuerzas políticas que, al mismo tiempo, buscan la protección de un grupo miliciano para proteger al mismo tiempo sus intereses de tipo económico. De esta manera, lo único que ha cambiado con respecto al anterior régimen es el nombre del conjunto del sistema que ha pasado de llamarse « comités revolucionarios » a « brigadas » o « milicias ».

Por tanto, insistimos en la idea de que la liberalización de un régimen autoritario no se vincula con la liberación en sí de un país en donde las divergencias entre las fuerzas políticas reinantes y sus brazos armados impiden poner sobre la mesa las condiciones políticas y económicas en aras de la estabilidad. Sobre todo porque la articulación de la liberalización de un país, que ha estado sometido al despotismo y la autocracia de un régimen, pasa por dar efectividad a ciertos derechos con el fin de proteger a los individuos y garantizar, como mínimo en el plano individual, la libertad de la palabra y de movimiento. Los trágicos episodios ocurridos durante los años 2013 y 2014 en la región de la Cirenaica, en donde actualmente se siguen librando batallas entre las fuerzas islamistas y las no islamistas, han dado muestra de lo contrario. Actores políticos, funcionarios del Estado y personas influyentes, que han manifestado opiniones políticas en público, han sido objeto de agresiones con resultado de muerte por parte de grupos de desconocidos. También los hombres de negocio se sitúan en el ojo avizor de grupos de criminales, asociados a movimientos islamistas, porque sus secuestros representan igualmente una importante industria floreciente.

Por lo tanto, el proceso de liberalización de Libia es hoy un desafío en el camino de la superación, una vez se logre la seguridad, al igual que el proceso de democratización en situación de estancamiento y sin expectativas de transformación. La prueba más clara se halla en la última cita electoral celebrada en junio de 2014— con la que se pretendía, en clave interna y externa, enviar señales de esperanza de cambio— que ha desembocado en una nueva ola de violencia. En ese sentido, resulta interesante subrayar, en el marco de la definición de la democracia, que « la presencia de un partido que gane las elecciones no define un sistema como democrático; el Partido Popular Albanés ha conseguido regularmente victorias abrumadoras. La democracia sólo prospera cuando hay partidos

---

<sup>4</sup>O'Donnell Guillermo Shscmitter, C. Philippe; Transiciones desde un gobierno autoritario, 1994.

perdedores y cuando la derrota no constituye una desgracia social, ni un delito ». Si extrapolamos este planteamiento al ejemplo libio, difícilmente la democracia tiene visos de aplicarse porque en las dos citas electorales, en junio de 2012 y junio de 2014, los grupos armados que protegen los intereses de las fuerzas políticas del Congreso Nacional Libio (CNL), no reconocieron la victoria de las fuerzas liberales, ya que, en ellas se hallan ancianas figuras del régimen de Gadafi. Uno de los hombres más visibles, Mohamed Yibril, quien jugó un destacado papel durante el levantamiento armado contra Gadafi.

La posterior etapa a la disolución del régimen del ex- Coronel, Muammar El Gadafi, se ha caracterizado por la imparable multiplicación de las milicias como se ha señalado en líneas más arriba. Yibril<sup>5</sup>, que formó parte del núcleo de poder del tirano durante los « años de plomo », fue de los primeros políticos en obviar la creación de instituciones serias para defender la política de concesión de ayudas a todos los combatientes que participaron en la contienda. En lugar de animarles al abandono de las armas para después impulsar un proceso pacífico transitorio, se propulsó la integración en katibas repitiendo así el mismo modelo heredado por Gadafi de « divide y vencerás ». Hasta tal punto que el gran peso de Libia recae en los milicianos, en quienes se forjó un sólido nexo durante el levantamiento del 17 de febrero, cuyo periodo de caducidad concluyó tras la muerte del ex guía espiritual de la Yamahiriya, puesto que los objetivos también cambiaron. Mientras que en febrero de 2011, las filas rebeldes lucharon para derribar a un régimen autócrata que cumplía más de cuatro décadas sometiendo a su pueblo al terror, y acabar con el liderazgo del autor del Libro Verde, tres años después, los mismos actores se desataron del nexo de unión (la derrota de Gadafi) para imponer cada uno su propia hegemonía política y atribuirse cierto mando en un país sin leyes, ni orden. La red de alianzas con grupos de islamitas, liberales, tribus y civiles, se diversificó en múltiples redes formando una telaraña casi indescriptible. Y eso se produce porque cuando la guerra desintegró el régimen gadafisfa, el poder se desmanteló a su vez y regresó a las manos de las diferentes organizaciones armadas, que no se atrevieron a despojarse del recurso de la violencia en un momento tan decisivo como era la transferencia del poder al conjunto de normas marcadas por los nuevos *decisores*. Tres años después, Libia continúa en ese impasse y se enfrenta a un juego de “alianzas” que compiten entre ellas y dentro de ellas.

De hecho, este contexto responde al esquema de la sociología de poder, que distingue entre las relaciones circulares que se dan entre las élites para mejorar su posición relativa en el sistema y las relaciones lineales que caracterizan a los movimientos populares armados que acaban alcanzando alianzas con sectores de la élite<sup>6</sup> La Libia posttotalitaria se enmarca en el segundo planteamiento de la negociación entre los rebeldes y los actores políticos, pero no

---

<sup>5</sup> Yibril es miembro de la tribu Warfalla, de Bani Walid, próxima al régimen de Gadafi. De hecho, Mahmud Yibril es considerado uno de los “halcones” del ex dictador. De ideología liberal, lidera la coalición de fuerzas no islamistas en el Congreso Nacional Libio.

<sup>6</sup> Izquierdo Brichs, Ferrán, Poder y Felicidad, Barcelona, Los libros de la catarata, 2008

parece obtener los resultados deseados. De hecho, los intereses de los milicianos de la imperante brigada de Misrata se han visto erosionados por las nuevas élites políticas de la transición Libia, afines al régimen de Gadafi, que han entrado en una real competición de fuerza, medida en función de los recursos controlados por cada uno; en este caso el arsenal armamentístico ocupando la dimensión ideológica una segunda posición como indicamos en párrafos anteriores, en un escenario donde se juega las rentas del petróleo y del gas. Para algunos sectores libios, la fuerza debe ser medida según el bastión que más derramó sangre durante la revolución.

Y así la recompensa debe ser más alta y satisfactoria. Dicho esto, en este marco no democrático, puesto que el entendimiento se fundamenta en el uso de lenguaje de las armas, están compitiendo élites rebeldes y élites políticas, que interactúan constantemente, por el control del país. Las mayores afrentas se están acometiendo entre las brigadas vencedoras en la guerra de Libia, que surgieron en Misrata— la conocida también como la ciudad mártir, porque al menos 2000 personas murieron en la avenida de la muerte de Trípoli del frente de Misrata—y las brigadas de Zintán que se impusieron en la región de la tripolitana. Cada uno de estos centros de poder está siendo respaldado por una formación política con una definida ideología. Zintan, apoyada por la alianza de los liberales mientras que el bloque de los islamistas forma alianza con los rebeldes de Misrata. Este esquema no se antoja categórico teniendo en cuenta el contexto coyuntural en el que se producen estas alianzas, a veces por conveniencia o por convicciones ideológicas. La dimensión política y sobre todo económica implican un cambio de paradigma, que lleve a los actores, tanto los que pertenecieron al aparato de Gadafi, como los opositores que derrocaron el régimen, a sentarse a negociar. Se hace imprescindible una etapa de negociaciones para diseñar el futuro de Libia, con un ojo siempre puesto en una repartición equitativa de las propiedades del país: petróleo y gas, y para la configuración de las instituciones democráticas. Ese diálogo bilateral entre los bloques islamistas y no islamistas del Este y Oeste tendrá que producirse en algún momento. Sólo hay un país en el mundo, Libia, donde milicias rivales son remuneradas por el Estado. Las de mayor envergadura como se viene describiendo a lo largo de este documento, son las de Zintan y Misrata (Tripolitania) que junto a las fuerzas de Khaftar y los islamistas del Ansar (Cirenaica) forman alrededor de 400.000 milicianos. Casi un 8% de la población Libia.

### **LAS ALIANZAS DE CONVENIENCIA: EGIPTO, CATAR, ARABIA SAUDÍ Y SUDÁN**

Recursos energéticos y capacidad de influencia es lo que está en juego en Libia. El vecino egipcio se encuentra en una situación energética y financiera extremadamente delicada, donde las necesidades energéticas internas no pueden ser satisfechas por la propia producción debido a su alto endeudamiento y a los compromisos adquiridos con las petroleras extranjeras operantes en el país. Además, se teme que la Gran Presa del Renacimiento

Etíope afecte a la producción hidroeléctrica del lago Nasser y al volumen hídrico del Nilo. La respuesta egipcia ha consistido, oficialmente, en una movilización diplomática a cuatro bandas. Sin embargo, el control sobre el abundante crudo libio y el sistema acuífero de piedra arenisca de Nubia, que abastece de agua actualmente a millones de libios, bien valen la pena una contribución a la causa del general Kheftar. Eso sí, Egipto se juega mucho más que agua y petróleo en Libia. La consolidación de la legitimidad del aún cuestionado régimen del general al-Sīsī necesita despejar todas las amenazas del entorno más próximo, sobre todo cuando en la frontera sur, el régimen sudanés de al-Bashir apoya y cobija claramente a los Hermanos Musulmanes. Una victoria de los *ijuaníes (HM)* liderados hasta junio por al-Maītīq daría pie a la formación de un eje proclive a la *ŷamā'ah* que el nuevo régimen egipcio no puede consentir. He aquí el nexo de unión entre el presidente egipcio y los mayores países del Golfo. Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos han mostrado repetidamente su hipersensibilidad a la acción de los HH.MM, animadversión culminada en marzo con la declaración de la *ŷamā'ah* como organización terrorista por parte de la monarquía de los *Sa'ūd*. La eliminación de la amenaza *ijuaní* del Norte de África es un objetivo que está a punto de alcanzarse, y para el cual tanto emiratíes como saudíes poseen recursos financieros a discreción.

Con la misma o mayor capacidad financiera cuenta Catar para seguir apoyando encubiertamente a los Hermanos Musulmanes y a regímenes *ijuaníes* como el bashirista de Sudán. En el interminable juego de suma cero que enfrenta a cataríes y saudíes, el argumento de la Hermandad Musulmana es, de nuevo, un ejemplo de utilización de la ideología para velar sangrientas pugnas por el poder. En este enfrentamiento, Catar ha encontrado a su aliado sudanés inmerso en una búsqueda decenal de legitimación internacional. Su intervención conjunta en el conflicto libio del lado de los islamistas fieles a la Hermandad era de prever. En efecto, ambos países han sido acusados por el general Khaftar de suministrar armamento a los fieles de su oponente, Aḥmad al-Maītīq. Poco después, la embajada sudanesa de Trípoli fue, por segunda vez, víctima de violentos ataques por parte de individuos armados.

Sudán y Libia mantienen relaciones mucho más intensas –que no estrechas– de lo que ha trascendido al público general. Las milicias *ŷanŷawīd*, responsabilizadas por el estallido del conflicto darfurí, tuvieron su origen en la *taŷammu' al-'arabī*, una organización panarabista y racista cuya formación estuvo sostenida por Gadafi siguiendo la estela de la Legión Islámica libia, fundada en 1972, cuyo objetivo era arabizar los territorios sahelianos próximos a Libia, sobre todo Chad y Sudán. Muchos de los líderes *ŷanŷawīd*, aún activos en Darfur, son antiguos legionarios islámicos al servicio de Gadafi. Y, al igual que en Libia miembros de *Anṣār al-šarī'ah* pertenecen al estado, el Acuerdo Global de Paz de 2005 entre las autoridades sudanesas y los grupos rebeldes darfuríes, previeron y aprobaron la inserción de estos en el aparato del Estado. No es de extrañar, por ende, que el régimen sudanés se haya embarcado junto con Catar en una alianza estratégica y operativa en Libia.

Si a todo ello sumamos la parálisis que aqueja al Consejo de Cooperación del Golfo a causa de la retirada de los embajadores saudí, emiratí y bahreiní de Doha y la tradicional tendencia catari a inmiscuirse en los asuntos internos de sus vecinos, como acostumbra ser acusado, el pulso entre los dos ejes en Libia está destinado a postergarse hasta sus últimas consecuencias. A imagen y semejanza de la catástrofe siria.

## CONCLUSIONES

La incertidumbre del futuro de Libia es hoy más inquietante que nunca por los dos focos bélicos abiertos, en el este y oeste del país, de dudoso desencadenante. Y el empeoramiento en el sur del país, tras los conflictos locales, entre la comunidad tuareg, árabe y tabous, también relacionados con la economía criminal. De lo que no hay dudas es del rechazo frontal a toda forma de intervención internacional y la necesidad de encontrar, desde el consenso político y el diálogo, un acuerdo para una justa repartición de los recursos energéticos del territorio teniendo en cuenta que este es el causante del bloqueo de la transición libia. Es decir, las fuerzas políticas y los brazos armados se enfrentan en una carrera de lucha por el poder que impida el dominio de las rentas petrolíferas y gasísticas. De este modo, en sus agendas, se olvidaron de los libios que murieron en favor de un sistema democrático y plural que defendió la liquidación del tribalismo y la unidad de Libia.

i  
Beatriz Mesa García\*  
Periodista

---

\*NOTA: Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.